

EL ESPÍRITU SANTO, FRUTO DE LA CRUZ

ANTONIO GARCÍA-MORENO

Apunta Schnackenburg la importancia de los escritos joánicos en la teología sobre el Espíritu Santo¹, sobre todo en lo que se refiere a su singular asistencia a los que presiden la Iglesia en su función de magisterio y de gobierno. Ello no significa que en los demás evangelistas no se mencione esa cuestión. En efecto, el Señor les dice a los apóstoles en la primera misión que no se preocupen de lo que han de decir a quienes les acusen, pues el Espíritu Santo pondrá en sus labios las palabras que han de pronunciar entonces². En el libro de los Hechos, los Apóstoles y los presbíteros de la iglesia de Jerusalén escriben una carta conjunta a todos los fieles en la que afirman sin dudar que «ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga...»³. También se dice en este libro a los obispos de Éfeso que ha sido el Espíritu Santo el que los ha puesto al frente de la Iglesia para apacentarla⁴. En esa línea de una presencia operativa del Espíritu Santo en los que rigen la Iglesia, San Juan recuerda cómo Jesús les prometió a los apóstoles que el Espíritu de la verdad estaría siempre con ellos⁵, les recordaría su enseñanza y se la aclararía⁶, los guiaría hasta la verdad

1. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1980, v. III, p. 177. A título de ejemplo vemos que en la Enc. *Dominum et vivificantem*, de Juan Pablo II de las doscientas treinta y una citas bíblicas, ochenta y tres son de los escritos joánicos, poco más del treinta y tres por ciento. Por otro lado, sólo San Juan llama Paráclito al Espíritu Santo. En cuanto al término griego *pneûma* los escritos joánicos lo usan sesenta veces, cifra superada sólo por el *Corpus lucanum* que lo usa ciento seis veces, cosa lógica si tenemos en cuenta que el gran protagonista del libro de los Hechos de los Apóstoles es el Espíritu Santo (cfr. M. GUERRA, *El idioma del Nuevo Testamento*, Burgos 1981, p. 217; W.F. MOULTON-A.S. GEDEN, *A Concordance to the Greek Testament*, Edinburg 1967, pp. 819-823).

2. Cfr. Mt 10, 20; Lc 12, 12.

3. Hch 15, 24.

4. Cfr. Hch 20, 28.

5. Cfr. Jn 14, 16.

6. Cfr. Jn 14, 26.

completa⁷, les daría a conocer las cosas venideras, tomaría de lo que pertenece a Cristo y se lo daría a conocer⁸.

Juan Pablo II en la carta del Jueves Santo de este año dirigida a los sacerdotes dice: «Este don del Espíritu, con su misteriosa fuerza santificadora, es fuente y raíz de la especial tarea de evangelización y santificación que se nos ha confiado»⁹. Es una enseñanza que tiene su base en el IV Evangelio. En efecto, San Juan nos refiere que es el Espíritu Santo el que: a) Fundamenta la actividad evangelizadora, puesto que es Él quien nos recuerda y explica lo que Jesús reveló¹⁰. b) Por otro lado, Él es quien nos santifica en cuanto que la vida nueva se nos confiere por el Espíritu y el agua¹¹. Y una vez conferida es el Espíritu Santo quien la mantiene mediante la unión con Dios en el culto verdadero y en la participación en la Eucaristía¹². También restaura esa vida cuando se pierde por el pecado¹³. Por último, es conveniente recordar que el don por excelencia es el Espíritu Santo¹⁴ que, anunciado y prometido por Jesús¹⁵, nos viene según San Juan con la muerte de Jesús¹⁶.

El desarrollo de los puntos expuestos puede ser materia de un libro, pero no de una simple comunicación. Por ello nos vamos a limitar a determinados aspectos de la doctrina joannea sobre la íntima relación de causa a efecto que se da entre la Cruz y el Espíritu Santo.

Su punto de arranque está en el relato de la Fiesta de los Tabernáculos¹⁷. Tenía un contenido simbólico muy rico y era, por tanto, un marco ideal para realizar la manifestación de diversos aspectos del Misterio de Cristo. De ahí que el IV Evangelio le dedique un amplio espacio en sus relatos¹⁸. Los elementos que se destacan en su celebra-

7. Cfr. Jn 16, 13.

8. Cfr. Jn 16, 13-14.

9. *Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los sacerdotes para el jueves santo de 1998*, 25 de marzo de 1998, p. 3.

10. Cfr. Jn 14, 13. 16-17. 26; 15, 26; 1 Jn 5, 6-7.

11. Cfr. Jn 3, 8.

12. Cfr. Jn 4, 23-24; 6, 64.

13. Cfr. Jn 20, 22-23.

14. Cfr. Lc 11, 13.

15. Cfr. Lc. 24, 49; Hch 1, 4-8; Jn 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-11.

16. Cfr. Jn 7, 37-39; 16, 7; 19, 30. Juan Pablo II, en la *Dominum et vivificantem*, n. 8, indica que «el Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la Cruz; vendrá no sólo después, sino como causa de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre». Por su parte, el Beato J. Escrivá, en su homilia titulada *El gran Desconocido*, recoge esta enseñanza cuando dice: «El Espíritu Santo es fruto de la cruz...» (*Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 137, p. 285).

17. Jn 7, 37-39: «En el último día, el más solemne de la fiesta, estaba allí Jesús y clamó: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba quien cree en mí. Como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva. Dijo esto del Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él, pues todavía no había sido dado el Espíritu, ya que Jesús aún no había sido glorificado».

18. En efecto, la sección enmarcada en la Fiesta de los Tabernáculos es la más amplia, si exceptuamos la última Pascua, extendiéndose desde Jn 7, 1 hasta Jn 10, 21.

ción son el agua y la luz, todo en un ambiente de franca y popular alegría. Entre los hebreos se afirmaba que «quien no ha visto la alegría de esta fiesta, no ha visto en toda su vida una alegría auténtica»¹⁹. Se celebraba en el mes séptimo, el de *Tisri*, a los cinco días del *Yom kippur*, es decir el día quince de dicho mes. Duraba siete días, y el octavo terminó por constituirse en una fiesta propia, la de *Simhat ha-Toráh*²⁰. El día de la fiesta solía coincidir con el equinoccio de Otoño y, como en la Pascua, la luz del sol era sustituida por la de la luna, resultando así un día iluminado durante sus venticuatro horas. Esto, sin embargo, no implica una especie de culto astral²¹.

En cuanto a los ritos eran muy variados y expresivos, con un carácter eminentemente popular. El libro de los Números describe los diversos sacrificios que se ofrecían en esta fiesta²², mientras que en el Levítico se habla del *lulav* y *etrog*, aunque sin mencionarlos expresamente²³. Cada día, antes del sacrificio matutino, se formaba una procesión desde la piscina de Siloé, de donde se sacaba agua para llevarla hasta el Templo en ánforas de oro. Cerca de la Puerta del agua, situada en el lado sur de la muralla, resonaban las trompetas por tres veces. Se cantaba el pasaje de Isaías que habla de sacar con gozo aguas de la fuente de la salvación²⁴. Ese agua se derramaba luego, junto con el vino, en el ángulo SO del altar de los holocaustos. Mediante ese rito se imploraba a Yahwéh lluvia abundante para el tiempo de la siembra, ya cercano. Durante el sacrificio matutino, el pueblo agitaba el *lulav* y el *etrog*, cada vez que los sacerdotes entonaban el salmo *Halell*²⁵, mientras giraban en torno del altar. El séptimo y último día se daban siete vueltas alrededor del altar en lugar de una, siempre cantando y agitando los ramos. Este día era llamado el día del Hosanna. Este sería «el último día, el más solemne»²⁶, en cierto modo cierre apoteósico de la gran fiesta²⁷. Con respecto a que Jesús «gritó» se trata de un modo de dar solemnidad a lo que se dice (cfr. Jn 7, 28; 12, 44).

El pasaje Jn 7, 37-39 ha sido objeto de múltiples discusiones. Hay una interpretación cristológica que estima que la fuente de que se habla está en Cristo y no en el creyente. Así lo interpretaba ya Justino. En el

19. Cfr. M. TUYA-J. SALGUERO, *Introducción a la Biblia*, Madrid 1967, t. II, p. 525.

20. Cfr. H. HAAG, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona 1967, c. 699-700.

21. Cfr. J. VAN GOUDOEVEER, *Fêtes et calendriers bibliques*, París 1967, p. 53.

22. Cfr. Nm 29, 12-38.

23. Cfr. Lv 23, 40.

24. Cfr. Is 12, 3.

25. Sal 118. El agitar de los ramos se hacía especialmente intenso al recitar los vv. 25 y 28, cuyo Hosanna se repetía: «¡Ah, Yahvé da la salvación! ¡Ah, Yahvé da el éxito!».

26. Jn 7, 37.

27. Cfr. R.E. BROWN, *El Evangelio según Juan*, Madrid 1979, p. 552.

s. II también da esa interpretación *El Evangelio de Tomás*. En pro de esta interpretación tenemos también a Hipólito, Tertuliano, Cipriano, Ireneo y Efrén. Entre los modernos están Boismard, Braun, Bultmann, Dodd, Hoskyns, Jeremías y Mollat²⁸.

A favor de esta interpretación tenemos el paralelismo de los dos primeros versos: el sediento del v. 37 acude a Jesús para saciar su sed. En el v. 39, en cambio, el creyente bebe en Jesús. Por otra parte la idea de que del pecho de Jesús sale agua está apoyada por Jn 19, 34 y por Ap 22, 1, en donde vemos como del trono donde está el Cordero fluye el agua que forma el gran río que riega la Jerusalén celestial.

La otra lectura posible es la que atribuye los ríos de agua viva al creyente. Así Orígenes en la antigüedad, seguido luego por otros Padres. Entre los modernos tenemos a Barret, Rengsfors, Schlatter y Schweitzer. El mejor argumento a favor de esta lectura lo tenemos en el Papiro 66 del s. II. Se aportan también argumentos gramaticales, pero no suficientes²⁹. La Vulgata se inclina por esta lectura, según la puntuación que hace de Jn 7, 37c-38: «Si quis sitit, veniat ad me, et bibat. Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae». En cambio la Neovulgata se inclina por la primera lectura al puntuar de otro modo: «Si quis sitit, veniat ad me et bibat, *qui credit in me*. Sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae». El punto seguido tras «in me», indica que las Escrituras se refieren no al que viene y bebe, sino al que ofrece el agua que brota de su pecho, es decir, de Cristo. Es la lectura que hemos seguido en la traducción de la Biblia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. En cambio la Biblia de Jerusalén sigue a la Vulgata en la traducción, al no poner el punto donde la Neovulgata, aunque en nota explica que la lectura más antigua es la que refiere como el agua viva fluye del pecho de Jesús y no del creyente.

En cuanto al pasaje bíblico a que se refiere el texto, depende de la lectura adoptada. Hay que advertir que, como ocurre en otras ocasiones, el hagiógrafo no cita de modo directo y explícito el Antiguo Testamento. Respecto a la lectura que pone el fluir del agua viva del seno del creyente, tenemos una enseñanza similar en Prv 18, 4; Is 58, 11; Qo 24, 30-33. En la otra interpretación, se recuerda la fuente que brota de la roca de Meribá al toque de la vara de Moisés³⁰. En la Iglesia primitiva se consideró esta roca como prototipo de Cristo según se desprende de 1 Co 10, 4. Otros pasajes que hablan del agua que brota de la roca son Dt 8, 15; Is 43, 20; 44, 3; 48, 21.

28. Cfr. *ibidem*.

29. Cfr. *ibid.*, p. 553.

30. Cfr. Ex 17, 1-7.

Por todo ello, estamos ante una fiesta en la que el agua tiene una presencia principal y altamente significativa³¹, dada la íntima conexión entre el agua y el Espíritu. En efecto, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la acción del Espíritu se relaciona con el agua³². En este punto es importante recordar que el agua tiene una especial fuerza en el IV Evangelio: «No sólo en el Jordán (1,31-34), en Caná (2,1-11) y con Nicodemo (3,5), donde aparece como instrumento de salvación y ordenada al sacramento futuro, sino también en el milagro de Betzeta (5,1-9), en el andar sobre las olas (6,16-21). Como enseñanza en el diálogo con la samaritana (4,5-16) y en el lavatorio de los pies (13,2-17). Expresa la vida en el costado herido del Señor (19,34) y simboliza el medio en el que los pescadores de hombres harán sus redadas (Mt 4,4-12)»³³.

Además de la Fiesta de los Tabernáculos, hay otro momento en el que vemos cómo la donación del Espíritu a los hombres se verifica al morir Jesús. En efecto, el Espíritu será dado cuando Jesús sea glorificado, es decir, cuando llegue la hora a la que se refiere nuestro hagiógrafo reiteradamente, la hora de su pasión y muerte, de su resurrección y glorificación³⁴.

De este modo, el Espíritu está estrechamente ligado con la muerte redentora del Señor, conexión ya insinuada por el evangelista cuando el Bautista habla del Bautismo en el Espíritu de ese que es presentado como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, con todo cuanto esa figura conlleva de víctima propiciatoria³⁵. Es una idea conectada con la enseñanza de Pedro y Pablo, que hablan de cómo el Bautismo nos asocia con la muerte y resurrección del Señor³⁶.

Por tanto, la fuerza del agua y el Espíritu para la regeneración proviene del sacrificio de Cristo. Su exaltación en la Cruz no es sólo el culmen del Misterio, sino también la condición para que quien cree tenga la vida eterna³⁷. «La regeneración del hombre —afirma Mollat— está

31. A. GARCÍA-MORENO, *El Cuarto Evangelio. Aspectos teológicos*, Pamplona 1996, p. 285.

32. Cfr. Gn 1, 2; Ez 36, 25-27; Mt 3, 11; Jn 7, 37-39; 1 Jn 5, 8; etc. Cfr. R. E. BROWN, *o.c.*, Madrid 1979, p. 1250.

33. P.M. DE LA CROIX, *Testimonio espiritual del Evangelio de San Juan*, Madrid 1966, p. 252.

34. El primer momento en que se habla de la hora es en Caná (Jn 2, 4). Aquí no se dice nada más acerca de esa hora. Luego se irá aclarando que se refiere al momento del prendimiento de Cristo y de su muerte, contemplado también como el momento de su glorificación (cfr. Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23; 13, 1; 17, 1).

35. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, *o.c.*, p. 45 ss.

36. Cfr. H. VAN DEN BUSSCHE, *Giovanni*, Asís 1970, p. 189.

37. Cfr. Jn 3, 15-16.

ligada a la Cruz»³⁸. El don de la vida, en definitiva proviene de la muerte del Señor.

Por tanto el pasaje de la transfixión de Cristo se relaciona con las profecías que hablan del río que fluye del Templo, apuntadas con anterioridad³⁹. Los Padres han interpretado de forma diversa el significado de la sangre y del agua, recurriendo sobre todo a la Eucaristía y al Bautismo⁴⁰. Sin embargo, al interpretar estos textos no podemos olvidar la íntima conexión del agua y el Espíritu, sobre todo en lo relacionado con el Bautismo, donde según dice Jesús a Nicodemo el hombre renace a una vida nueva por el agua y el Espíritu.

Como vemos son varios los textos de San Juan para hablar del Bautismo. Ello nos confirma la trascendencia del IV Evangelio en la teología de este Sacramento, en el que un papel tan importante tiene el Espíritu Santo, simbolizado por el agua, como vimos anteriormente.

Podemos decir, por tanto, que las aguas que simbolizan al Espíritu Santo se desbordan en el Calvario. Cristo «expira», dice San Juan, entrega su Espíritu. San Lucas refiere que Jesús al morir exclama: «Padre en tus manos pongo mi espíritu». San Juan en cambio omite ese dato y simplemente dice que «entregó el espíritu». Es una evocación de lo que dijo en la Fiesta de los Tabernáculos acerca del agua que brotaría de su pecho, en clara referencia al Espíritu que recibirían cuantos creyeran en Él⁴¹. Esa relación entre los Tabernáculos en Jerusalén y la Pascua en el Calvario está apoyada por el término griego *koilia* que se utiliza en los dos momentos⁴².

El hecho de la lanzada lo refiere sólo nuestro hagiógrafo al final del relato de la Pasión y como broche de todo cuanto nos ha venido narrando. Por otra parte se trata de una perícopa bastante amplia, narrada con muchos detalles y enfatizando el valor de testimonio que el re-

38. Citado por M. COSTA, *Simbolismo battesimale in Giovanni*, «Rivista Biblica» 13 (1965) 382.

39. S. TROMPS, en «Gregorianum» 13 (1932) 523-527 tiene una breve historia de la exégesis de Jn 19, 34.

40. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, *Introducción al Misterio. Evangelio de San Juan*, Pamplona 1997, p. 368. En el n. 1225 habla el *Catecismo de la Iglesia Católica* de la relación del Bautismo con la Cruz: «En su Pascua, Cristo abrió a todos los hombres las fuentes del Bautismo. En efecto, había hablado ya de su pasión que iba a sufrir en Jerusalén como de un "Bautismo" con el que debía ser bautizado (Mc 10, 38; cf Lc 12, 50). La sangre y el agua que brotaron del costado traspasado de Jesús crucificado (cf Jn 19, 34) son figuras del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos de la vida nueva (cf 1 Jn 5, 6-8): desde entonces, es posible "nacer del agua y del Espíritu" para entrar en el Reino de Dios (Jn 3, 5). "Considera dónde eres bautizado, de dónde viene el Bautismo: de la Cruz, de la muerte de Cristo. Ahí está todo el misterio: Él padeció por ti. En él eres rescatado, en él eres salvado" (S. Ambrosio, *Sacr.* 2,6)».

41. Cfr. Jn 7, 37-39.

42. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, v. II, p. 219.

lato tiene. Se citan, además, dos pasajes de las Escrituras de manera directa, en contra de la forma ordinaria que tiene nuestro hagiógrafo para referirse al Antiguo Testamento, al cual se evoca más que se cita en el IV Evangelio.

La escena de la lanzada está relacionada, incluso cronológicamente, con la anterior, que nos refiere cómo Jesús lleva a su cumplimiento cuanto estaba dispuesto y que «inclinando la cabeza entregó su espíritu»⁴³. Este modo de describir la muerte de una persona sólo se encuentra en S. Juan. Después de él aparecen en la literatura griega, sobre todo en los Padres orientales, textos en los que se habla de la muerte de alguien en los mismos términos. Al comentar este pasaje Sto. Tomás de Aquino ve en ese modo de morir la plena consciencia de Jesucristo ante su muerte, que la acepta inclinando su cabeza y expirando⁴⁴.

Sin embargo, insistimos en que la interpretación más correcta es la que ve en todo esto el cumplimiento de lo que el Señor prometió al hablar de su muerte como el momento en que sería entregado el Espíritu a cuantos creyesen en él. Después, a renglón seguido, la escena de la transfixión ilustra esa realidad, mostrando ya el fruto de la muerte de Cristo en ese fluir agua y sangre del costado herido, símbolo de la salvación mesiánica. Por tanto, el sentido teológico del relato está en que ese acontecimiento indica el inicio de los tiempos escatológicos, el tiempo del Espíritu, el tiempo de la Iglesia⁴⁵.

43. Jn 19, 30.

44. Cfr. *Lectura in Joann. Evang.*, in loc.

45. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *La passion de Jésus selon l'évangile de Jean*, Paris 1986, pp. 183ss.

